

PRESENTACIÓN DE LA NOVELA "EL ESTOQUE EN MANHATTAN", DE JOSEANTONIO TRUJILLO

CENTRO CULTURAL MALAGUETA, 2 DE JULIO 2024

Buenas tardes

Vamos a presentar hoy la cuarta novela de José Antonio Trujillo, doctor en medicina desde el 2001 por la Universidad de Málaga, con una amplísima trayectoria profesional ejercida en diversos sectores de la Medicina, en España y en el extranjero, con numerosos másters en su mayoría relacionados con la Salud Pública, la Nutrición, el envejecimiento, la gestión sanitaria y siempre desde esa visión holística de la medicina que tantas veces echamos de menos como pacientes. Decir que José Antonio es un médico humanista debería ser una redundancia porque no concibo una medicina que no lo sea, pero cuando decimos esto nos estamos refiriendo a los médicos que han sentido la necesidad de enriquecer la "autoridad" del especialista ante el enfermo con la balsámica confianza del amigo. Y eso es algo que agradecemos mucho los que por una cosa o por otra hemos sido forzados inquilinos de los hospitales.

En la actualidad José Antonio ejerce como médico hospitalista y como médico de familia en el hospital Quirón Salud de Málaga y escribe unas certeras columnas semanales en el diario SUR.

Este es mi segundo encuentro en un estrado con Joseantonio, tras la presentación que Pedro Aparicio, Teodoro León Gross, Juvenal Soto y el que les habla hicimos el 11 de noviembre del 2009 de su sobrecogedor libro "Lágrimas de papel" (dolor y sufrimiento en la literatura), centrado en tres escritores, Francisco Umbral, Sándor Marai y Clive Staples Lewis. En aquel libro, Joseantonio, a través del programa HUMANITAS, destinado a la formación humanista del personal sanitario del que era inspirador, nos invitaba a reflexionar, a través de esos autores, sobre el misterio del sufrimiento, tema tabú en una sociedad que convive mal con los misterios porque no está dispuesta a aceptar aquello que requiera más reflexión que un video de Tic Toc.

La novela que hoy presentamos- **El Estoque en Manhattan**- aborda un tema menos dramático pero no menos interesante y cautivador. Es una novela con varios protagonistas entre los que destaca ese personaje omnipresente, el que está en todas las situaciones, el que habla con voz propia, el que resuena como un bajo continuo en una obra orquestal: **Nueva York**. El alma, el palpito, el sentir de Nueva York puede rastrearse fácilmente en las cientos de voces que allí llegaron procedentes de todo el mundo,

pero la voz final es la de Nueva York, por eso Joseantonio dice que Nueva York no es una poesía sino un poeta, un personaje. Realmente la novela podría considerarse como el encuentro de dos poetas: Nueva York y Federico García Lorca, en ese salto mortal que el inmenso granadino da sin red, en esa aventura que, para muchos, cambió para siempre la poesía en castellano que fue “Poeta en Nueva York”. La novela describe las peripecias entrelazadas de unos personajes – diríase que sacados de un romancero andaluz- de entre tantos millones de emigrantes que arribaron a la tierra Prometida de América, en ese mundial trasiego humano que fue la década de los años veinte tras la Gran Guerra. Una gran parte recaló en Nueva York, pasando por las nuevas identidades que otorgaba la isla de Ellis; y la otra en Buenos Aires, desembarcando en la Boca del Riachuelo, donde a todos los españoles nos hicieron gallegos, para simplificar. Nueva York y Buenos Aires, las dos grandes capitales del continente cuyos habitantes descendían de los barcos.

La novela está narrada en la primera persona de una bella gitana, Estrella Heredia Velázquez, alias “La Firmamento”, bodeguera del Pago sanluqueño de Miraflores, hija del cantaor Antonio Heredia Vargas, nieta del banderillero de Paquiro, Rodrigo Velázquez Montoya y esposa de Sebastián, su fiel amor boricua.. Su destino es nada menos que introducir en la Gran Manzana la manzanilla de Sanlúcar, - que es aquí otra gran protagonista, como el vino en la Odisea- - con la mala suerte de hacerlo a finales de los años 20, entre la Gran Depresión y la Ley Seca, esa hipocresía de tufo cuáquero que sirvió para aumentar el número de alcohólicos de una manera exponencial, mitificar a Al Capone y consagrar a Elliot Ness. Estrella y su familia, que ya habían abierto un local de comidas en la calle 14 de Little Spain, llamado El Rocío, se vieron obligados a abrir un “speakeasy” para no privar a los neoyorquinos del glorioso néctar de Sanlúcar, denominado “La sacristía” cuya contraseña para entrar era “ave María purísima”, a lo que había de responderse “sin pecado concebida”. (Un speakeasy era ese cubil semiculto en donde se saltaba uno la Ley Seca ante la ronda cómplice de los “cops”)

Qué fascinantes debían ser esos primeros tiempos de los emigrantes en Nueva York, como los de esta novela, personajes que desembarcan en un lugar del que sólo conocen la esperanza que llevan dentro, pertrechados de sus costumbres, atavismos, nostalgias del sol, del cielo y de la tierra que han abandonado, del sincretismo culinario, de pucheros y spaguettis en Brooklyn...pero también de algo grandioso: el llevar la vida del pueblo a la gran ciudad en una disolución maravillosa de lo particular en lo universal. Comentaba no hace mucho con José Antonio cómo esa casa de comidas que

abre Estrella en la calle 14 debía ser como aquel estanco de tabaco que Paul Auster situaba en una esquina de Brooklyn, en su obra "Smoke" regentado en la película de Wayne Wang por un inconmensurable Harvey Keitel- que era lo más parecido a un bar de nuestros barrios, con sus parroquianos que no consumían nada y se pasaban el día de gorra leyendo el periódico. (Aquí cerca, en el bar Flor, hay alguno de esos parroquianos sin los cuales el local pierde pátina y autenticidad).

Un viejo amigo, ya fallecido, decía que Nueva York era la ciudad más tierna que había conocido, y lo que yo entonces creía una *boutade* me resultó ser cierto, de manera que el título de esta novela "El Estoque en Manhattan" podría ser un oxímoron como el del "Poeta en Nueva York" referido a Federico García Lorca, es decir, términos refractarios, contrapuestos y paradójicos, pero no era así. En Nueva York caben con toda naturalidad Manhattan y El Estoque porque es el escenario urbano que más vida diversa admite en el mundo, y uno es lo que nuestras ciudades han querido que seamos. El abuelo de Estrella, Rodrigo "El Estoque", sentencia: "al final, un hombre no es otra cosa que la manzanilla que ha tomado a lo largo de su vida". Y su nieta Estrella, la conductora de la historia, lo concreta aún más diciendo que por su vida pasan tres ciudades: la Ronda de su abuelo, Rodrigo Velázquez Montoya (a) El Estoque; Sanlúcar, la patria de la manzanilla de oro de su padre, el cantaor Antonio Heredia, Vargas; y Nueva York, la tierna, la grandiosa Nueva York, que era su nueva patria trasplantada, la patria de la casa de comidas El Rocío, del edificio Chrysler y la de Federico García Lorca.. Y es aquí, a mi juicio, donde José Antonio exhibe un hallazgo narrativo: cómo la escena fluye con la brega cotidiana de nuestros personajes, con sus fatigas, sus añoranzas del flamenco, de los toros, sus denuedos para introducir la manzanilla, sí, pero ... poco a poco, casi silenciosamente, como el aire que se cuele por las rendijas, por las páginas se va filtrando hacia el primer plano otro personaje de la comunidad, un Federico García Lorca que ya era todo un referente de la poesía española.

Pero.... ¿qué hacía Federico en Nueva York?

Federico había sido invitado a dar unas conferencias en Columbia y en Cuba en cuyo viaje la acompañó el político Fernando de los Ríos. Allí se encontró con un nutrido grupo de intelectuales españoles como Federico de Onís, Ángel del Río, León Felipe o el pintor Gabriel García Maroto. La historia oficiosa explica ese viaje a Nueva York como la necesidad que siente el poeta de olvidar su contratiempo amoroso con Emilio Aladrén o incluso sus desavenencias con Buñuel y Dalí, compañeros de la Institución Libre de

Enseñanza, dos artistas tan geniales y maravillosos como gamberros y probablemente insoportables. Pero JoseAntonio se decanta en la novela por una razón más extendida entre los que amamos la literatura y admiramos al poeta. Federico, con el Romancero y la casa de Bernarda de Alba ya había llegado a la máxima depuración estilística que cabía de una poesía enraizada en lo vernáculo. Federico ya había hecho en la poesía lo que otros artistas, en los fecundos años 20, habían hecho con la música o la pintura. Sin desmerecer a nadie, hay en el mundo unos lugares que en el arte abren horizontes, caminos que nadie ha transitado y no sabes adonde te llevan, campos que ninguna trilla segó y que sólo los espíritus más fieles a sí mismos se atreven a abordar. Eso fue Nueva York para Federico, como París para Picasso o Edimburgo para Stevenson, por ejemplo. Federico iba buscando en Nueva York esa dimensión más pura del arte que, aún bebiendo en las fuentes locales se hace ingrávido, intemporal y cosmopolita; Federico iba buscando al Walt Whitman de "Hojas de Hierba" y al T.S. (Thomas Stearns) Eliot de "La tierra baldía". Es en ese momento cuando Federico se adueña de la escena y la novela deviene un retablo animado de poetas, flamencos, de negros de Harlem, que son gitanos proyectados sobre ladrillos rojos en vez de muros de cal. Federico absorbe Nueva York y Nueva York le extrae a Federico parte de su universo, porque esa fantástica identidad (o No identidad) de Manhattan se compone de los préstamos desprendidos de todas las almas que alguna vez pagaron por vivir allí el Paraíso en la tierra. José Antonio acelera la acción, aumenta la fuerza expresiva de las remembranzas, los personajes se agolpan para componer un retablo de la más profunda Andalucía en Nueva York mientras Federico se afana en que ese retablo adquiera un aliento poético íntimo y universal como nunca había tenido poesía alguna en nuestro idioma.

José Antonio, ante Federico, se gusta y se recrea; describe el ambiente andaluz y americano en el que se incubía **Poeta en Nueva York** rescatando, con gran finura pero sin alardes, palabras, giros, cabriolas de un lenguaje de raíz popular que, de repente, taladran el instante y se pierden en las profundidades evocadoras de unas greguerías que hubiera firmado Gómez de la Serna: "Un hombre sencillo de peonía y rato"; "La poesía es un recibo de la luz: electricidad en un papel". "Las palabras sobre un cable imaginado". "Inspiración y ¿evasión? Una oportunidad para el duende". "La excusa perfecta para abandonar lo conocido y aspirar a lo grande"... "Es un frío que se convierte en calor por la rima"... "Ronda es una faena en el tendido dos de sombra"; "Sanlúcar es un milagro que se bebe cuando el viento se cansa, y "la manzanilla es el soneto de Sanlúcar"; "Literatura sin mapa y sin brújula": mi amigo Federico García Lorca en Nueva York"...Mejor dicho...[en

la Sacristía!” porque allí, con el embrujo de lo ilegal, se producía la libación de la manzanilla de Sanlúcar como ofrenda a los dioses de esa ciudad en la que nuestros personajes pasaron diez felices años de su vida, como Alejandría lo fue para los personajes de Lawrence Durrell en su célebre cuarteto. Siempre pensé que una novela es buena cuando al concluirla te entren unas irreprimibles ganas de viajar a los lugares que en ella aparecen. El Estoque nos lleva a Manhattan, pero en el viaje podríamos detenernos un buen rato en el Bajo de Guía no sin antes hacer los preparativos en la mejor librería de Málaga cuyo nombre resume a la perfección dos anhelos irreprimibles de la condición humana: “Mapas y compañía”, la aventura y la amistad, el misterio y la felicidad compartida.

Hoy día los artefactos técnicos a nuestro alcance nos hacen parecer ciudadanos del mundo, un empeño de años logrado por la comunión universal en las ubicuas redes de la idiotez. Pero novelas como “El Estoque en Manhattan” nos recuerdan que otra comunión era posible: la de seres de carne y hueso que se enfrentan a la aventura del mundo llevando en la mochila la esencia de lo que su tierra ha hecho de ellos: la luz dorada en una copa de manzanilla, el desafío a la muerte ante los cuchillos de un toro y ese milagro reservado para los elegidos de convertir en magia lo cotidiano, sabiendo en qué pliegue de tus entretelas se ha alojado el dardo afilado de las palabras cuando éstas las ha podido decir Federico y encuentran en José Antonio Trujillo tan magnífico albacea.

Muchas gracias y no se la pierdan

Salvador Moreno Peralta